

Mayo 77. 14

No. 20 HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildéfonso Gatell .

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

No. 20
May 1867

Father
TOMO PRIMERO. *14*
2º no se encuentra

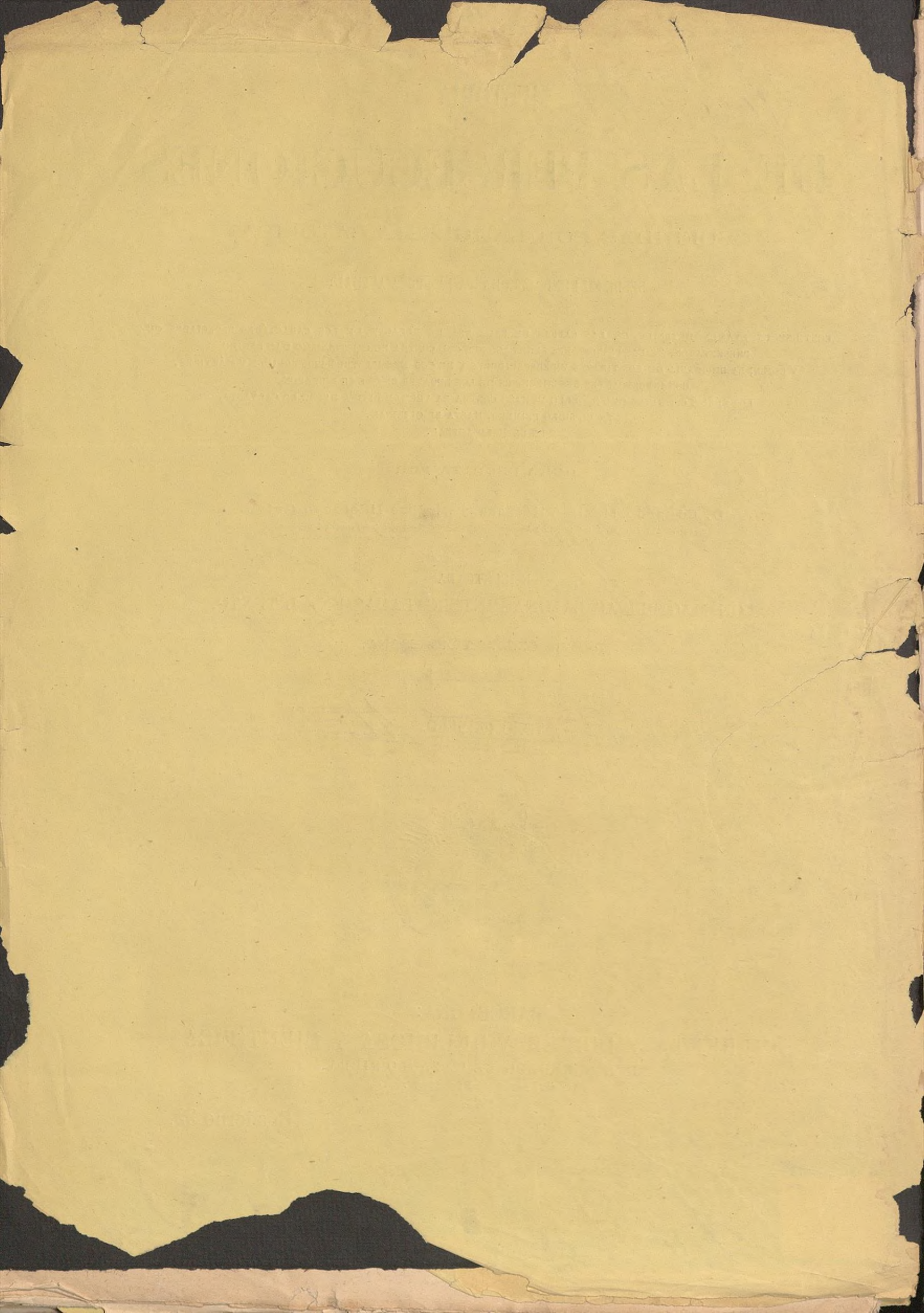


BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 32.

L47
1885



Cecilia sigue estando al frente de las obras de caridad, visitando las cárceles. Ella es la que mantiene á los mendigos destinados á la guardia de las Catacumbas.

Dispuesta á seguir en este camino, no se hace ilusiones respecto á la suerte que la espera. Lo único que pide á Dios es tiempo suficiente para ordenar su testamento. Su casa es la iglesia, sus parientes son los pobres. Manda recado á san Urbano y le dice:

—Aquí está mi casa; tomad posesion de ella, porque de hoy mas pertenecerá á la Iglesia. Formareis de ella un sitio de reunion y de refugio para los fieles. La Iglesia me ha acogido en su seno durante mi vida; yo la acojo en mi casa para despues de mi muerte.

Cecilia vende su patrimonio, sus ricas alhajas y lo distribuye todo entre los necesitados.



ANTONINO.

Estos hechos obtuvieron demasiada publicidad para que pudieran pasar desapercibidos. El prefecto manda á sus agentes á la morada de Cecilia para arrancarle una abdicacion.

A la presencia de la ilustre heroína se sienten hondamente impresionados. Creen encontrar una mujer débil y se encuentran con un alma cuya grandeza les fascina. Aquellos hombres de corazon endurecido acaban por caer de rodillas á los piés de la Santa; aquellos hombres que no sabian llorar, derraman lágrimas ante Cecilia.

Hay momentos en que Almaquio llega á temer si es Roma entera que va á hacerse cristiana.

Almaquio llama á la ilustre heroína. Cree encontrarse con una mujer arrebatada, presa de un entusiasmo febril; se figura encontrarse con un carácter ardiente, y sin embargo se halla con una mujer que revela una calma admirable, que está ante el prefecto con la actitud tranquila con que estaria en su hogar.

Almaquio no puede disimular su admiracion y dice:

—Me pasma, en verdad, tanta sangre fria.

—No es mas que el resultado de una fe ingénuo y de una conciencia pura, responde sencillamente la jóven.

—Ignorarás cuánto es mi poder sin duda.

—Sois vos el que ignorais quién es el que me protege.

—¿No sabes que los emperadores invencibles ordenan que los que no quieran renegar del Cristianismo sean castigados, y que se absuelva á los que abjuren su falsa religion?

—Esto probaria á lo mas que vosotros sois injustos y nosotros somos inocentes. Si el ser cristiano constituyera un crimen, á nosotros interesaria el negarlo, y á vosotros obligarnos á confesarlo.

—Sabe que tengo el poder de vida y de muerte.

—El de muerte es el único que teneis, porque la vida no podeis darla ni podeis volverla á los que la han perdido. Sois ministro de muerte y nada mas.

—Reprime tal atrevimiento y sacrifica á los dioses.

—¿Qué dioses? ¡Unas piedras mudas!

Comprende Almaquio el peligro que tiene el dar publicidad al suplicio de Cecilia; es preciso hacerla desaparecer de una manera oculta.

No se la sacrificará, pues, públicamente; morirá, pero sin que caiga una sola gota de su sangre. Se la encerrará en su propia casa, se la meterá en el baño, se la ahogará por medio del vapor. Siempre queda al prefecto el recurso de decir que Cecilia se ha suicidado.

Recurso inútil. La Providencia ha dispuesto fecundizar á Roma con la sangre de aquella heroína.

Dentro del baño, Cecilia alienta en aquella atmósfera de fuego.

Almaquio dispone que se la traspase con una espada, pero en secreto, en su hogar, que nadie lo vea. Al ir á matarla, el licitor palidece, vacila su brazo; la hiere por tres veces, pero sin causarla la muerte.

Los encargados de esta tarea se retiran diciendo:

—Es imposible que sea otro dios que el verdadero el Dios de Cecilia.

La mártir vivió el tiempo suficiente para que Roma pudiera recoger sus postreras palabras, enjugar su sangre, besar sus vestidos y arrodillarse despues ante sus sagrados restos.

Trece siglos mas tarde, en aquellas Catacumbas de que hemos hablado hace poco se leia la siguiente inscripcion:

HIC QUONDAM FUIT CORPUS BEATÆ CECILIÆ VIRGINIS ET MARTIRIS.

En donde estuvo la habitacion de la ilustre heroína hoy se ostenta un bellissimo templo, cuya capilla especialmente dedicada á su culto es lo que era en el antiguo palacio el *Caldarium* ó sala de baño. La iglesia existia ya en el siglo V. Fue restaurada en el siglo XIII, y completamente renovada en el siglo XVI. El templo es de los mas suntuosos. Bellísimos mármoles, alabastro, ágata, piedras orientales la constituyen un tesoro de riquezas. Rodeada de monumentos sepulcrales que resaltan entre preciosas pinturas, se levanta en el altar mayor un magnífico templete de forma gótica, debajo del cual está el sepulcro de santa Cecilia. La estatua yacente de la santa en la misma posicion en que se hallaba su cuerpo al ser encontrado en tiempo del papa san Pascual, es una obra maestra de Esteban Madezno.

No ignora Almaquio que Valeriano, Tiburcio y Cecilia tienen sus cómplices en el crimen de Cristianismo por el que se les condena á muerte, y el primero de estos cómplices, el mas culpable de todos, á juicio del prefecto, el verdadero instigador es el obispo Urbano. Existe otra razon para deshacerse de él: el creer que él es posesor de las importantes riquezas de Valeriano y de Cecilia.

Urbano es preso, conducido ante el pretor, sometido á un interrogatorio, sujeto al tormento, muerto por fin; pero sin que ni un sextercio viniera á enriquecer el tesoro del prefecto, que buscaba en vano unas riquezas que habian sido distribuidas entre los pobres.

Si esto sucedió en Roma, puede suponerse lo que habia de pasar en las provincias, donde dominaban menos los sentimientos de tolerancia, donde los prefectos podian obedecer sin cortapisas de ninguna especie á sus instintos de fanatismo, de venganza ó de rapiña, donde el populacho era mas revoltoso.

En Roma fue inmolado su obispo san Constanzo, produciendo este hecho un efecto parecido al de Cecilia, pues en vista del valor del mártir muchos proclamaron la fe cristiana de una manera pública y solemne, dispuestos á morir como sucedió con varios de ellos.

En Apanea, en la Frigia, fueron martirizados san Cayo y san Alejandro.

En Espoleto fue degollado el presbítero san Concordio.

Hermias, en Consana, en el Ponto, manifestó valer tanto como soldado de CRISTO como habia valido siendo soldado de Marco Aurelio. Su valor atrajo á la fe á su verdugo, siendo decapitado junto con él.

Durante las guerras de Siria, Victor, soldado del Emperador, fue sometido al tormento por declararse solemnemente cristiano. Fue tal la intrepidez con que sufrió, que Corona, esposa de uno de sus compañeros de armas, aplaudió ruidosamente el valor del mártir, compartiendo con él la gloria del martirio.

XXXII.

Origen del Cristianismo en las Galias.

Catorce años despues de la ascension del Salvador entraba en el puerto de Marsella un buque, algunos de cuyos pasajeros llevaban una mision desconocida. Venian de muy léjos. Las costumbres del país, su civilizacion, su lengua, todo lo ignoraban.

No es una colonia de negociantes que va allí para hacer fortuna; no es tampoco una tribu de guerreros que ávida de conquistas penetran en el Mediodía de la Galia. La primera persecucion contra los cristianos les ha arrojado de su nacion, de su querida Palestina.

Testigos personales de unos hechos extraordinarios que han tenido lugar en su país natal, llenos de fe y de entusiasmo abandonan el curso de la nave á la accion de la Providencia, dispuestos á decir lo que han visto á do quiera que vayan.

Hay entre estos desconocidos tres personas que ocupan un lugar importante en el desarrollo del drama evangélico: son Lázaro, el que resucitó en Betania despues de tres dias de estar en el sepulcro; Magdalena, aquella mujer que fue mas célebre por su penitencia que por su vida pecadora, y Marta, la personificacion del trabajo cristiano, que trasforma en incienso para Dios las obras ordinarias de la vida doméstica.

Al pasar por Marsella, Aix, Tarascon, Aviñon, van sembrando por su camino semillas evangélicas.

Lázaro fundó la sede episcopal de Marsella, y Maximino, que iba con él, inauguró la serie de prelados de Aix.

Lo que ellos hacen con su predicacion las santas mujeres lo apoyan con sus oraciones, con su celo, con el ejemplo de las virtudes cristianas.

Mas tarde, enviados por san Pedro, llegan siete predicadores que recorren Arles, Narbona, Limoges, Clermont, Tours; despues penetran allí san Dionisio y sus compañeros mandados por san Clemente, y por último, en tiempo de Marco Aurelio sale Potin del Asia Menor para establecerse en Lyon y Vienne. De esta manera Lázaro y Maximino echan la semilla del Evangelio en la parte meridional; mientras que la mision enviada por san Pedro penetra en el interior del país, la de san Clemente en el Norte y san Potin en el Este.

XXXIII.

Oposicion que encuentra la propaganda evangélica en la Galia.

Para conocer la oposicion que encontró en la Galia el Cristianismo es indispensable que nos hagamos cargo de su situacion religiosa, del carácter de sus supersticiones, de la clase de atractivo que estas pudiesen tener, ya para los espíritus, ya tambien bajo el punto de vista de los sentimientos.

Al examinar la situacion religiosa de la Galia debemos ocuparnos de su culto de raza, que era el druidismo.

Aunque se haya querido dar al druidismo un carácter monoteista, ello es que los galos adoraban tambien diversidad de dioses. Las ciudades, las colinas, las selvas, los rios tenian sus dioses particulares, y hasta multitud de genios fantásticos poblaban los aires, animaban las aguas.

Figuran en primera línea Hesus, Taran y Tuistan, que constituyen una especie de trinidad céltica. En las tradiciones de los Kymris, Hesus era una especie de Sér Supremo, el Dios de la guerra y de las conquistas.

Taran, dios del trueno, preside las tempestades, hace caer la lluvia, alumbra el sol.

Tuistan es la antítesis de Taran; el dios de los infiernos.

El druidismo, como todos los sistemas politeistas, es una degeneracion de la idea de Dios, á quien se confunde con las potestades inferiores del mundo invisible, y hasta con los elementos de la naturaleza.

Habia, no obstante, en la creencia druídica un fondo de monoteismo, huella inmortal de la religion primitiva; y bajo este respecto no tenemos inconveniente en reconocer que el druidismo era superior á los sistemas politeistas griegos y romanos.

Lo que caracteriza el druidismo es el culto de la naturaleza. Para ellos la naturaleza es templo, es altar, es Dios; por esto se sacrifica al aire libre, se celebran las ceremonias religiosas debajo la bóveda de los bosques vírgenes; el canto religioso es el murmullo de un rio, y el incienso el aroma de las plantas. Se rechaza todo arte, y hasta para el culto no se reconoce mejor altar que una montaña, ni monumentos religiosos mas á propósito que algunas rocas sin tallar puestas en línea ó colocadas en semicírculo.

Groseros troncos de árbol, piedras desiguales puestas unas sobre otras en forma de columna, tales son los símbolos de la divinidad. El viento que azota un peñasco, el agua que brota de la tierra, el lago que sigue tranquilo su curso, todo les parece animado de un sople divino. Al ruido del trueno caen postrados en tierra para adorar la majestad de la naturaleza, se inclinan reverentes ante el sol, todo, en una palabra, el culto druídico es un vasto panteísmo que confunde al Criador con su obra.

No tienen ídolos; pero encuentran una divinidad en cada objeto de la creacion.

¿Quieren sacrificar á los dioses oro ó plata? Lo echan en un lago, allí está viva la accion del gran Sér, derramando por donde pasa la frescura y la fecundidad. ¿Tienen que representarse un dios ó un genio por medio de una estatua? Los druidas nunca llaman á un artista; se sirven de la primera encina que tienen á mano.

Escuchemos por un instante á Lucano:

«Fuera del recinto de Marsella habia un bosque sagrado en el cual nadie se atrevió á clavar la hoz desde el nacimiento del mundo. Copudos árboles cubrian la tierra formando espesas bóvedas por las que no podian pasar los rayos del sol y bajo las que reinaba una frescura y una oscuridad perpétua. Los Panes, los Silvanos y las Ninfas campestres desconocian aquel sitio destinado á los mas bárbaros misterios. Se veian por todas partes altares donde se

degollaban víctimas humanas, cuya sangre enrojecían los árboles de los alrededores, cayendo de ellos sin cesar gota á gota. Si debe creerse á la antigüedad, jamás pájaro alguno se mecía en las ramas de aquellas selvas, jamás penetró allí el menor animal, jamás el ímpetu del viento dejó sentir allí su soplo, jamás cayó el rayo en aquella espesura. Encinas que no agita nunca el menor céfiro, producen en todos los corazones un santo horror que aumenta el agua negra que circula por diversos arroyos. Las figuras de los dioses son árboles toscos, y su pedestal troncos informes; el moho amarillento que los cubre de arriba ábajo produce sorpresa y melancolía. Su miedo y su veneración aumentan á proporción que ignoran las divinidades que adoptan. La tradición cuenta que aquel bosque se conmueve y tiembla con frecuencia. Entonces se oye un mugido terrible que sale de las cavernas, los árboles inclinados se levantan, los secos reverdecen; el bosque se cubre de fuego sin quemarse, y las encinas se llenan de dragones monstruosos. Los galos por respeto no se atreverían á habitar en aquel sitio, que reservan á los dioses. Solo á medio día y á media noche un sacerdote temblando va allí á celebrar los espantosos misterios, temeroso de que no se le aparezca el dios á quien el sitio está consagrado.»

El culto druídico, pues, era la naturaleza; pero no la naturaleza que sonríe, que imprime su beso de rocío en el cáliz de la flor, que refrigera con su céfiro, que alienta la esperanza en el verdor de sus árboles, que nos recrea con el canto de los pajarillos; sino la naturaleza ruda, que habla en el fragor del trueno, que suspira en el fuego del rayo, que palpita en el bramido del huracán, que derrama su granizo y desborda sus torrentes para tragarse los frutos de los campos, que deja caer los ardores de su calor para quemar la tierra, los vientos del otoño para desnudar los árboles, que extiende en invierno su inmensa capa de hielo para matar la vegetación.

A este mónstruo era menester aplacarle con sangre humana, y hé aquí los bárbaros sacrificios de aquellos pueblos. Se empezaba por los criminales; pero luego, á falta de criminales, dice César, se sacrificaban inocentes.

En sus solemnidades expiatorias se metían dentro de un coloso centenares de infelices que desaparecían después al fuego de gigantesca hoguera entre los cantos de los bardos y las aclamaciones de los drúidas.

Las sacerdotisas deducen sus vaticinios de la posición que la víctima humana observó al caer, de las convulsiones de sus miembros, de la abundancia y el color de su sangre.

Creían en la inmortalidad; pero es una inmortalidad grosera. Al llegar al otro mundo el alma conservará sus pasiones, sus instintos; el guerrero encontrará allí su caballo en disposición de montarlo, se le entregarán sus armas, se le llamará á los combates; el cazador encontrará sus perros dispuestos á perseguir á los jabalíes y á los osos en bosques que no tienen fin, y el esclavo encontrará á su amo. Hé aquí por qué á la muerte de un personaje su familia inmola multitud de esclavos á fin de que en la otra vida no le falte el correspondiente cortejo. Los galos no tenían inconveniente en prestarse cantidades de dinero mediante el compromiso de cobrarlo en el otro mundo.

El druidismo tiene su filosofía, según la cual el espíritu y la materia son eternos; el universo, á pesar de sus aparentes variaciones, cuyos agentes son el agua y el fuego, es también inalterable.

Los ministros de aquel culto se llamaban *drúidas*, cuyo nombre procede de la voz céltica *dros* que significa *encina*, por estar contenido en estos árboles el principal simbolismo de aquella religión. Estaban divididos en varias clases con los nombres de Bardos, Vates, sometidos todos al Archidrúida, elegido de entre ellos por medio de sufragio. Esta dignidad reunió en sí tal cúmulo de poder, riqueza, homenaje y atribuciones, que su elección escitaba las ambiciones personales hasta el punto de promover guerras civiles. Deponían reyes, decretaban la paz y la guerra, educaban la juventud, ejercían la medicina.

En el druidismo había sus iniciados á quienes se instruía en bosques muy espesos, des-

pues de jurar el mas profundo secreto acerca la doctrina religiosa, la que estaba terminantemente prohibido consignarla en escritos.

Los druidas revelaban la voluntad de los dioses á las muchedumbres desde lo alto de pequeñas eminencias por medio de versos saturados de figuras que herian la imaginacion popular, valiéndose de este medio para pronunciar proclamas guerreras.

Antes de empezar cualquier ceremonia religiosa, adornábanse primero de hojas de encina.

Habia tambien tres órdenes de druidesas; las Senœ, especie de vestales que vivian en comunidad léjos de los sitios poblados; las de la segunda clase solo veian á sus esposos raras veces, y las de la tercera ejecutaban las obras mecánicas necesarias en las solemnidades religiosas.

Cuando la dominacion romana, el druidismo sufrió una trasformacion. El culto de Hesus, especie de padre de los dioses, fue asociado al de Júpiter y Vulcano. La divinidad gala Belisama fue confundida con Minerva; Belemis, dios del sol, se mezcló con Apolo, y Tent, que presidia á las operaciones mercantiles fue sacado de la soledad de sus bosques y hermanado con Mercurio.

Esta innovacion no pudo ser del gusto de los fanáticos del druidismo, en quienes no produjo mas que el odio mas feroz á todo culto extranjero.

«Los galos son gente, dice Ciceron, distintos por costumbres y por naturaleza de todos los demás hombres; atacan toda religion que no sea la suya, y declaran guerra á los mismos dioses inmortales.» No faltaba sino que fuese allí el Cristianismo para que estallaran con toda su fuerza los odios de raza, mayormente encontrando en los propagandistas cristianos un objeto contra el cual, no solo podian cebarse sin peligro, sino que habian de encontrar el apoyo del poder de los romanos sus conquistadores, dispuestos á ayudarles en el esfuerzo comun de aniquilar el Cristianismo.

Cuando no fuese la antigua fe en sus supersticiones seculares, les habia de estimular á perseguir el Cristianismo, la pureza de costumbres que este predicaba.

Ya no eran los sencillos habitantes de los bosques con sus costumbres campestres. Roma trabajó en someter por medio del lujo y la molicie á aquella raza indomable, y lo logró en efecto. Reinaba allí una disolucion espantosa; las clases acomodadas de las Galias dejaron atrás en materia de corrupcion y de libertinaje á los ricos de la voluptuosa Roma.

A setenta y cuatro leguas de la antigua Lutecia, hoy Paris, se encuentra Lyon, denominada Lugdunum en el período histórico á que nos referimos. Lyon está situado en una de las mejoras posiciones. Cíñenla el Saona y el Ródano; su península Perraccia, riquísima por su lozana vegetacion, la comunica un admirable atractivo. Engrandecida por Munacio Plauco cuarenta y tres años antes de JESUCRISTO, fue incendiada y vuelta á restaurar en tiempo de Neron.

A mediados del siglo II Lyon habia llegado á ser una de las poblaciones mas considerables del imperio. Augusto hizo de Lyon su residencia favorita. Los representantes de sesenta y dos pueblos le erigieron allí un templo de gigantescas proporciones, y el Emperador en recompensa concedió á los lugdunenses el carácter de ciudadanos romanos y colocó en el Forum de la ciudad la columna miliaria de donde partian las grandes vias que cruzaban la Galia en todas direcciones. Fue tambien aquella la capital de las locuras de Calígula, que invertía allí en juegos públicos las cantidades que él habia robado con sus confiscaciones. De allí salieron filósofos y oradores. Plinio se gloria de que sus libros fuesen leídos asiduamente en Lyon; de suerte que era la primera poblacion de la Galia por su importancia económica, política y hasta literaria.

El Asia Menor venia siendo un fecundo semillero de apóstoles cristianos. La obra iniciada en la Galia por la familia de amigos de Jesús, Lázaro, Marta y Magdalena, continuada por los discípulos de san Pedro, era menester que recibiera su coronamiento de los discípulos de san Juan.

San Potin, discípulo de san Policarpo, va á llevar á Lyon la doctrina que su maestro habia oído de boca de san Juan. Era menester atravesar largas distancias; pero entre el Asia Menor y ciertas provincias de la Galia Occidental habia lazos que las unian. Buques mercantes se echan á la mar con frecuencia en Esmirna para desembarcar en Marsella: la civilizaci6n gala en la 6poca á que nos referimos la encontramos compuesta de muchos elementos importados allí de la Grecia. Colonos de Grecia, libros de Grecia, la lengua de Grecia; todo esto se nos presenta allí: ¿por qué, pues, el apostolado del Cristianismo no habia de recibir tambien de Grecia agentes de primera importancia? Potin llega á Lyon, y se establece en su principio en una humilde cabaña en solitario bosque.

Habia en aquel pecho algo de la ardiente caridad de san Juan: á la acci6n de su apostolado el Cristianismo adquirió muy luego en la Iglesia lugdunense un notable desarrollo, viéndose su modesta vivienda llena de multitud de neófitos.

El concurso de gentes que acudian á la morada de Potin fue demasiado numerosa para que no llamara la atenci6n de los idólatras y empezara la persecuci6n.

No se le dió el carácter de persecuci6n religiosa. Mezclado allí el druidismo con la idolatría romana, abierta la puerta á los dioses de la Grecia, ¿qué razon podia alegarse en este concepto contra la religion cristiana? En la Galia, lo mismo que en todas partes, se acudió á la calumnia. Un cristiano para aquellas gentes preocupadas ó pervertidas era un ateo, un incestuoso. Hambre, peste, guerras, terremotos, todo venia de ellos.

La plebe ignorante era la primera en acoger tales calumnias.

Al principio no era nada mas que el odio, el mirar ceñudo y hasta amenazador siempre que pasaba un cristiano, la palabra de insultante desden, la risa de una burla feroz. Despues se pasó ya mas adelante. Al ir á entrar un cristiano en una casa se le cerraba la puerta, se huía de él como si fuese un apestado, se les señalaba á los niños como un mónstruo, como un objeto de horror: si se dirigia al bañ6 no se le permitia entrar; si se le observaba en la plaza pública, un grito unánime de ¡Fuera! le obligaba á ahuyentarse.

Era la persecuci6n mas funesta para algunos que los tormentos mismos. Aquel desprecio, aquella série constante de insultos, aquel ostracismo á que se veian condenados, el que se les tratara peor que al último de los facinerosos, hizo que no faltaran cobardes que no supieran resistir á esta prueba harto ruda.

En cambio la cási totalidad de los discípulos de Cristo se manifestaron á la altura de su vocaci6n sin que nadie fuese capaz de hacerles retroceder.

La constancia de tantos creyentes escitaba mas y mas las iras del populacho.

La oleada popular iba creciendo, creciendo siempre; y al fin acabó por romper sus diques. Bastaba que se presentase un cristiano para que aquella plebe prorumpiera en una gritería infernal: entonces aquellas hienas se armaban de garrotes, acosaban á los cristianos como si fuesen fieras, les echaban sogas al cuello para arrastrarlos, iban á sus casas y las quemaban. Era una suerte el que tales escenas de furor pudieran terminar en una cárcel.

Lo que la plebe habia hecho, lo sancionaba el poder: unas veces por condescendencia con las masas, otras por espíritu de pillaje confiscaba los bienes de los que habian sido víctimas de la ira popular.

Era menester dar un aspecto de legalidad á aquella série de atropellos. Mientras el representante del César se hallaba ausente, entre un inmenso concurso de pueblo, fueron varios cristianos conducidos al *Forum* ante su tribuno y magistrados de la ciudad, y sometidos allí á un interrogatorio. Cada palabra de un cristiano promovia un aullido de parte de aquellas turbas. El tribuno y los magistrados, cediendo á la presi6n popular, dispusieron que los acusados estuviesen presos hasta aguardar la llegada del legado.

XXXIV.

El abogado de los cristianos.

El legado del César tardó poco en llegar.

No habian trascurrido muchos dias despues de la escena que acabamos de referir, cuando la muchedumbre se agrupaba ansiosa alrededor del pretorio. El cordon de legionarios colocado junto al tribunal podia contener á duras penas el oleaje de aquella muchedumbre que esperaba con feroz impaciencia el espectáculo que iba á representarse. No faltaban en puestos distinguidos lioneses y romanos opulentos y hasta jóvenes ricamente ataviadas que acababan por impregnarse como todos de aquella atmósfera de barbarie.

Llegan, por fin, los lictores ostentando el haz y el hacha sobre el hombro, y tras de ellos, cubierto con su toga romana, el lugarteniente del César.

El legado ocupa su asiento, y empiezan á comparecer los cristianos á quienes se habia conducido á la cárcel.

Cada vez que se presenta uno de ellos, estalla un grito de amenazadora ferocidad. Tras la palidez de aquellos rostros que habian tenido que respirar el fétido aire de los calabozos se descubria la paz de su espíritu; si sus cuerpos arrastraban cadenas, respiraban sus almas la libertad de su fe que estaban dispuestos á sostener á todo trance.

Despues de un breve interrogatorio, se formula la acusacion. No hay palabra que no sea un insulto, no hay cargo que no sea una torpe calumnia. Cada vez que se publica uno de los muchos capítulos en que se queria fundar la sentencia, el concurso prorumpe en estrepitosos aplausos. Los presos son unos facinerosos, las reuniones que celebran no son nada mas que orgías, las ceremonias de su culto actos de sangrienta barbarie.

Pudiendo apenas dominar aquella gritería se oye la voz de un ciudadano que pide reverentemente la gracia de ser escuchado.

Se adelanta un joven, y colocándose en medio del semicírculo, formado frente al pretor, se echa atrás el embozo de su toga. Aunque tenia el rostro rojo de indignacion al escuchar aquella série de insensatas calumnias, á pesar de que se ve en él al hombre de ardor, de entusiasmo, sin embargo, en su fisonomía se descubre un alma casta mientras que en sus palabras se ve la sensatez del hombre maduro que no dice nada sin pesarlo primero.

Este era el noble lionés Vettio Epactato.

En medio de la sorpresa general, anuncia que va á demostrar que todos los capítulos de la acusacion se fundan en falsedades.

Hasta entonces para los cristianos solo habia habido fiscales, es menester que haya tambien defensores. Ya que ha habido la libertad de la acusacion, debe haber tambien la libertad de la defensa.

Epactato pide lo menos que puede pedir, lo que nunca debe negarse en nombre de la justicia; ni siquiera trata de defender á los cristianos, suplica solo el derecho de desvanecer los cargos que contra ellos se formulan.

Valor se necesitaba para una accion como esta entre unas turbas sedientas de sangre, locas de furor.

El pueblo responde á Epactato con un feroz murmullo de irritacion. De en medio de la muchedumbre sale esta palabra: — ¡Es cristiano! — ¡Es cristiano! repiten otros; y en todos los ángulos de aquel sitio se percibe cada vez mas pronunciado, cada vez mas imponente, cada vez mas amenazador el grito de: ¡Es cristiano!

El superintendente dirige á las turbas una vaga mirada en que se revela su inquietud. En medio de aquel tumulto no oye la voz del deber; no es un juez, es un esclavo mas de la exal-

tacion popular; la electricidad que allí domina lo oscurece todo de tal suerte que el legado no ve la justicia.

Siempre el mismo pueblo, siempre el mismo pretorio, siempre el mismo juez. Aquí como en tiempo de Jesús una plebe inconsciente, obcecada, pervertida que grita: *¡Tolle! ¡tolle!* Un juez escéptico y débil que sentencia, no en nombre del deber, sino en nombre del miedo.

Habia pasado mucho tiempo cuando se oía aun el mismo grito:

— ¡Es cristiano!

Á aquel juez no se le ocurrió otra cosa que preguntar:

— ¿Eres cristiano?

¡Bravo procedimiento para fallar una causa! ¿Qué importaba la calidad del defensor donde no habia ley alguna que prohibiera á un cristiano vindicar la inocencia ó rechazar la calunnia?



MARCO AURELIO.

Hubiese Epactato contestado que no, y se le hubiera permitido tal vez hablar, y quizás su palabra elocuente pronunciada en nombre de la justicia habria producido algun efecto. Pero Epactato no es capaz de negar su fe por nada ni por nadie. Irguiendo su cabeza y lanzando sobre aquella muchedumbre una mirada dominadora, contestó en alta voz:

— Soy cristiano.

Tras de esta palabra, ante aquel juez obcecado, ante aquella turba feroz, ya no era posible pronunciar ninguna mas. La plebe echó sobre Epactato una lluvia de insultos, de imprecaciones.

En seguida siente este sobre sí los hercúleos brazos de los lictores; Epactato presenta sus manos para ser encadenadas, y se dirige con paso firme á su puesto, que ya no era otro que el de los demás mártires.

Se le inscribe en el registro de los presos con esta calificacion: *Abogado de los cristianos.*

De entre la muchedumbre salen otros que también se declaran cristianos y desean seguir las huellas del animoso joven.

Desde aquel día los dos campos se deslindaron completamente. Hasta entonces había muchos que, á pesar de creer en JESUCRISTO, vivían confundidos con los gentiles; desde aquella hora el que es cristiano lo dice en alta voz, se declara tal en secreto lo mismo que en público. Inicióse una especie de desafío entre cristianos y gentiles: estos resueltos á obtener el mayor número de apostasías; aquellos á dar á su Dios el mayor número de mártires.

¿De quién será el triunfo? Los cristianos ayunan, oran, no para pedir que cese la persecucion, sino para ser dignos de ella. Cuando dos cristianos se encuentran casualmente, se tienden los brazos y se despiden para el cielo. Los pecadores acuden á la Iglesia para pedir el perdón de sus pecados y la Iglesia se lo concede con generosidad.

La magistratura pagana está inquieta acerca del éxito del combate. ¿No lo tienen todo. legislación, plebe, instrumentos de tortura, verdugos? Cada mártir que sucumbe es una gloria para la fe cristiana, es una calamidad para el gentilismo. Los paganos lo que consideran como un gran triunfo es que un cristiano sometido á la tortura abjure; el que sepa morir lo reputan como una derrota (1). Entre cristianos y paganos acaba por ser comun el confundir la muerte por el martirio con la victoria (2). Por esto los pretores ora amenazan, ora prometen; ya insultan, ya halagan; después de presentarse como tigres se fingen como corderos. Aguzan el ingenio, emplean los recursos de su pericia, de su palabra; la ironía unas veces, el aplauso otras. Los cristianos corresponden á esta lucha con su dignidad, con su entusiasmo, con su constancia.

Los pretores tratan de explotar al pueblo; los cristianos por su parte tan pronto como tienen pueblo lo llevan también al *Forum*, al lugar de la tortura, al sitio de la ejecución para animar al mártir.

En los calabozos visitando á los presos, en los tribunales animando á sus hermanos, en todas partes se encuentran discípulos de JESUCRISTO, dispuestos todos á luchar y á vencer.

XXXV.

Peripecias de la lucha.

Toda lucha formal tiene sus inquietudes naturales; la que nos ocupa lo era demasiado para que no tuviese las suyas. ¿Habrá entre los soldados de la fe cobardes que vuelvan la espalda, que en la hora de la lucha se pasen al enemigo? La prueba era demasiado ruda para que no fuese fundado semejante temor.

Preciso es confesar que no todo fueron victorias.

Á los interrogatorios, á los sitios de la ejecución asistían todos los cristianos que aun estaban libres, y fácil era adivinar en la agitación de sus semblantes que algo había que les preocupaba. No era por cierto el peligro de que se veían rodeados; era el temor de que alguno de los sentenciados llegase á ceder á la rudeza de los tormentos.

Desgraciadamente los hubo. La primera parte de la lucha no fue favorable á los creyentes.

Una docena de cobardes renegaron de su fe entre los aplausos de los gentiles y las lágrimas de los cristianos. Los héroes, que no lloraban jamás ante la rudeza de los tormentos, lloraban ante una defección.

«La aflicción fue general, dice la carta de Viena y de Lyon, hecha por testigos presenciales. Sobrecogidos de un temor mortal, nos agitábamos en una cruel incertidumbre respecto

(1) *Nil aliud devitant (præsides) quam ne torti moriantur... Jubent curam tortis adhibere... Nam et ipse audivi aliqui glorian-tes quod administratio sua in hac parte fuerit incruenta. Lact.*

(2) *Vicit qui quod contendit obtinuit. Min. Fel. 37.—Victoria est pro quo certaveris obtinere. Vicimus cum occidimur. Tertul., Apolog., 49, 80.*

al resultado de la lucha, no porque ni los tormentos ni la muerte nos inspiraran ningun temor, pero era temblando que fijábamos la mirada en un porvenir incierto, pues siempre temíamos ver caer en la vergüenza de la derrota al que veíamos elevarse á la altura del heroísmo.»

Ante estas defecciones, los creyentes sintieron pesar, pero no odio. La caída de los débiles era una razón para que los fuertes les tendieran la mano. Cási se arrepintieron todos y purgaron su debilidad con su fervor y con su constancia.

XXXVI.

Los esclavos acusando á sus amos.

Las acusaciones que pesaban contra los cristianos eran todas vagas: pasóse mucho tiempo sin que se llegase á formular un cargo concreto. Rumores esparcidos entre el vulgo, calumnias que corrian de boca en boca, relato de escenas que nadie habia visto, hé aquí todo. Era menester que la sentencia se apoyara en algo.

Los mas distinguidos por su celo y por su actividad en las cristiandades de Lyon y Vienne, todos estaban en la cárcel. Instaba el que el fallo se pronunciase contra ellos.

«El legado, continua el referido documento, dió órdenes muy estrechas para que se apoderaran de todos nosotros y de nuestros domésticos; así es que fueron presos varios de nuestros esclavos, que eran gentiles.»

En los asuntos de lesa majestad, de conspiracion contra el órden público; es decir, en los casos de una gravedad especial, la ley romana permitia interrogar á los esclavos respecto á sus dueños (1). Es verdad que en derecho los esclavos que pertenecian al acusado no podian, tratándose de este, ser sometidos á la tortura; pero se encontraba la manera de eludir la ley vendiendo tales esclavos á los agentes del fisco, para que así dejaran de pertenecer á aquel á quien se queria sentenciar.

«Estos hombres serviles, sigue diciendo la carta, estas almas bajas, fuese por perfidia ó mas bien por el terror que les inspiraban los suplicios que veian padecer á sus amos... renovaron entre nosotros las antiguas y bárbaras calumnias con que los gentiles tantas veces han querido mancillar nuestra reputacion y empañar la inocencia de la Iglesia.

«Acusábanos de aquel festin sangriento de Tieste (2), de aquellos incestuosos abrazos de Edipo (3), y otros delitos sobre que no nos atrevemos á pensar y mucho menos á escribir, pues hoy no creemos que pudiera hallarse un hombre que fuera osado á cometerlos. Al tener noticia el pueblo de tales acusaciones, los ánimos se exasperaron con tanto furor, que si antes se encontraba alguno que, por vínculos de sangre ó de amistad, manifestara respecto de nosotros alguna tolerancia, esta acusacion de delitos tan enormes le llenaba de estrañeza y le convertia en nuestro mas cruel enemigo.»

XXXVII.

La esclava en el tormento.

Los vacíos que pudieron dejar las pocas defecciones á que nos hemos referido, fueron llenados muy pronto. Presentáronse á ocupar su puesto el diácono de la iglesia de Lyon, Sanctus, natural de Vienne, Maturo, que no era mas que un neófito, y Atalo, natural de Pergamo.

(1) Un edicto de Augusto decidia: *Cum capitalia et atrociora maleficia non aliter explorari et investigari possunt quam per servorum questiones, efficacissimas eas esse ad requirendam veritatem existimo et habendas censeo.* (Dig. XLVIII, xviii, 8).

(2) El festin en que Tieste, convidado por su hermano Atreo, se comió á su propio hijo.

(3) Edipo casó con su madre.

Todos unidos por una misma fe y animados por una misma caridad; todos formando en las mismas filas para librar el gran combate: el obispo al lado del diácono, el anciano centenario junto al joven imberbe, la rica matrona en el mismo lugar que la esclava, el neófito que conoce apenas los misterios del Cristianismo y el cristiano viejo ya acostumbrado á las gloriosas luchas de la fe.

Entre los presos hallábase una esclava, joven, de salud débil, se llamaba Blandina. La delicadeza de su sexo, su temperamento no deja de inspirar grave inquietud á cuantos le rodean. ¿Podrá esa mujer, esa niña resistir á la crueldad de las torturas? Aunque su alma está fuerte ¿no acabará por ceder aquel cuerpo enfermizo? Su misma dueña, cristiana ferviente, amante de su esclava, á quien considera como á una hija, participa de estos temores. Blandina es simpática á todos; todos se interesan por ella, y este temor es resultado de este mismo interés.

Por fortuna aquel cuerpo demacrado escondía un corazón entero.

En aquel cuadro la figura de Blandina, de una esclava, es la que resalta más. Mientras los cristianos temen por ella, los gentiles contemplan con curiosidad á la débil y candorosa joven sometida al tormento, aguardando el instante en que con un grito de agonía pronunciará una declaración contra los cristianos.

Los verdugos se cansaron de atormentar y la joven esclava no se cansó de sufrir. Herida por todas partes, regueros de sangre que brotan de estas heridas, apenas llega á concebirse que aquel cuerpo tan atormentado no haya cedido al peso de tantas y tan crueles torturas. La esclava, la joven enfermiza se manifestó vigorosa como un atleta. Se la quería obligar á ceder á fuerza de variar de tormentos; á cada cambio la joven cobraba nueva energía.

Blandina no contaba con una palabra elocuente, no hubiera sabido pronunciar una de aquellas frases brillantes que revelan un espíritu cultivado; no había en ella más que mucha fe y mucha ingenuidad. En medio de los tormentos no la preocupaba sino la idea de ser firme en la confesión del Cristianismo y proclamar la inocencia de los cristianos, de la que ella tenía una convicción profunda. Hé aquí por que de su boca salía constantemente esta expresión en que se revela toda su alma:

—Yo soy cristiana. Yo sé que los cristianos no hacen ningún mal.

«Blandina en el anfiteatro de Lyon, dice monseñor Freppel, rivalizando en heroísmo con los demás hermanos suyos, asociada á san Potin en unos mismos sufrimientos por una fe común, es el esclavo pagano, cuyas cadenas ha roto el Evangelio, que ha recobrado su título de nobleza en la dignidad del bautismo y que hace desaparecer con el sacrificio de su sangre la marca de ignominia que la gentilidad imprimió en su frente. Así el nombre de la joven esclava de Lyon resplandece con una brillantez sin igual en medio de aquella multitud de héroes (1).»

La esclava subió á los altares, lo que quiere decir que la esclavitud recibió su más solemne condenación; y tres siglos más tarde un obispo de Lyon, san Euquerio, al recordar que la tierra de aquella cristiandad había sido fecundizada por la sangre de una esclava, preguntó si las glorias de Belén por haber visto morir á los inocentes, son comparables á las de Lyon por haber contemplado el sacrificio de Blandina, y poniendo la palabra en boca de la ciudad de Lyon, dice:

«Tú, Belén, viste morir unos niños que, si bien su inocencia era su corona, no estaban en edad de combatir; mientras que el valor de los míos me enriquece de bendiciones y su triunfo es mi gloria. Tus mártires merecieron subir al cielo sin haber tenido conciencia del testimonio que ellos prestaban; los míos, oprimidos por la tortura, probados por el sufrimiento, consumidos por el fuego del sacrificio merecieron para su alma tantas coronas como penas había sufrido su cuerpo; antes de morir recibieron la consagración de una larga serie de tormentos. Tú ofreciste á Dios víctimas de poca edad; yo almas de muchos méritos. Por tu parte

(1) Freppel, *Saint Irénée et l'éloquence*.

una muerte dichosa que excluía el peligro de renegar la fe; por la mía un triunfo cuyo mérito aumentaba la posibilidad de una derrota. Lo mismo que tú, yo cuento en las filas de mis confesores niños inocentes; ¡pero el coro de tus mártires no puede contar con una Blandina (1)!»

XXXVIII.

El diácono Sanctus.

Después de la joven esclava, el joven diácono. La lucha por parte de los cristianos ya no reviste un carácter tan peligroso.

Lo que para Blandina fue un heroísmo, lo que para la fe cristiana fue una gloria, para los paganos fue una vergüenza.

Jueces, verdugos, sacerdotes gentílicos, plebe, todos se agitaban frenéticos de desesperación. Era menester que Sanctus se rindiese. A este fin se emplearon toda clase de recursos.

Para atormentar á Sanctus se pone en juego cuanto puede inventar la crueldad mas refinada. Era el dolor que aflige, que desgarrar; pero que no mata. Tratábase de hacerle sufrir, morir á fuerza de sufrimientos, cuando ya no se pudiese en su desesperación arrancarle una apostasía.

Se figuran que ha llegado ya el instante supremo, y entonces principia el interrogatorio.

—¿Quién eres?

—Soy cristiano.

—¿Qué nombre es el tuyo?

—Soy cristiano.

—¿A qué nación perteneces?

—Soy cristiano.

—¿Qué familia es la tuya?

—Soy cristiano.

—¿Eres esclavo ó libre?

—Soy cristiano.

Y esta frase, *soy cristiano*, la repite Sanctus cada vez con mas decision, con mayor energía. Nunca un ciudadano de Roma pronunció tan satisfecho el *Civis romanus sum*, como Sanctus pronunciaba en lengua romana tambien: *Sum christianus*.

Era una nobleza nueva que habia venido á fundar JESUCRISTO. Sanctus se siente satisfecho de pertenecer á esta nobleza y lo proclama en alta voz una y cien veces.

Esta contestacion repetida siempre acaba por enfurecer al legado del Emperador. Allí Sanctus es un vencedor que se goza en su triunfo; todo lo que para él es gloria es ignominia para los gentiles.

El inmenso material del verdugo quedaba ya casi agotado, y se acudió á planchas de cobre ardiendo que se aplican á lo mas sensible y delicado de su cuerpo. Sanctus siente aquellos insostenibles tormentos; pero diríase en su tranquilidad que se ha vuelto insensible. «Jesús derramaba sobre sus miembros abrasados, dice la carta, el agua divina de su gracia, templando así aquellos mortales ardores.»

Al continuar describiendo el martirio de Sanctus, la carta añade:

«Aquello ya no era un cuerpo humano; era un mártir de carnes desgarradas, sangrientas. Casi llega á desaparecer la figura de hombre: los miembros están todos, ó mutilados, ó encogidos, ó fuera de su puesto natural.»

(1) Euch. Lug. *Homilia de sancta Blandina*.

Sanctus es una fortaleza que no se vence. Se acuerda, al fin, cesar en una tarea en que los paganos no recogen mas que ignominia, para continuarla en otra ocasion.

Los verdugos sienten impaciencia por volverle á atormentar; en su sed de sangre parece que la de Sanctus les produce una embriaguez horrible.

«Volviéronle á tomar, sigue diciendo la carta, para atormentarle de nuevo, persuadidos de que si volvian á meter el hierro y el fuego en sus llagas entumecidas, hinchadas todavía, su constancia habia de ceder ante una tortura tan horrorosa, ya que en un estado tal apenas puede sufrirse el mas ligero contacto; ó de lo contrario, exhalando su espíritu en tan horrorosos tormentos, infundiria el terror en los demás. Nada de esto sucedió: contra la prevision de todos, el mártir estaba restablecido y pronto á luchar de nuevo, de suerte que la segunda prueba no fue para él un nuevo tormento sino como un remedio á las primeras heridas.»

XXXIX.

Una mujer apóstata convertida en mártir.

El presidente no acierta á disimular el despecho, la rabia, la desesperacion que le producian los cuadros de heroismo que acaban de presentar Blandina y Sanctus. Se escogió á los mas jóvenes y á los que se creyó mas débiles; y el diácono fue un hombre de gran valor y la esclava una heroina. Llamar á otros era esponerse á continuar devorando la hiel de la vergüenza.

Pero quedarse con la impresion de lo que acababa de pasar es imposible; se hace necesario tratar de cubrir tanta ignominia. ¿Cómo? Se llamará de nuevo á uno de los apóstatas, se le obligará á formular nuevas y mas terribles acusaciones, y ya que á los cristianos no ha sido posible vencerles en las personas de Blandina ni de Sanctus, al menos se les aplastará bajo el peso de la difamacion.

Se llama á este efecto á una mujer que habia renegado de JESUCRISTO, la cual se llamaba Biblis; se la conduce al lugar del tormento, se la obliga á contemplar aquel cuadro de horrores. La vista de aquellos instrumentos de tortura es para ella como una revelacion del infierno que aguarda á los que se hacen criminales de infidelidad y de blasfemia.

Procédese al interrogatorio. Se la exige que declare sobre una acusacion la mas brutal que se dirige contra los cristianos. Biblis exclama en medio de un estupor general:

— ¡Qué bárbaros sois! ¡Cómo os atreveis á acusar á los cristianos de comer la carne de un niño, siendo así que ni les es permitido tocar siquiera á la sangre de las bestias!

XL.

Muerte del obispo san Potin.

Los acusados son conducidos á los calabozos que se hallaban debajo del palacio de los emperadores, en el sitio que actualmente ocupa una casa de enajenados.

Largas cadenas atadas á la bóveda sujetan á los presos.

Allí están con sus llagas que chorrean sangre, mutilados los miembros, en medio de una espantosa oscuridad, teniendo que oír las imprecaciones de malhechores, de asesinos con quienes se les confunde.

Se les coloca en el cepo, instrumento de tortura formado de dos grandes maderas que unidas presentan en la raya divisoria un agujero donde se les aseguran los piés.

Los mas débiles espiran en medio de la fetidez de aquellos calabozos. Los demás convierten la cárcel, ora en asamblea cristiana, ora en templo. Allí oran, allí se estimulan mutuamente á sufrir por JESUCRISTO, allí se entonan sublimes cánticos en que se revela el fervor de sus almas.

Un hecho vino á afligir hondamente á aquellos fieles. Potin, que á pesar de tener cerca de cien años, guarda todo el vigor de un alma jóven, lo anima todo, preside todos los actos de la cristiandad de Lyon que podemos decir estaba reunida en aquellos calabozos, pues allí estaba su clero, allí estaban los principales de sus fieles; y cuando nadie lo esperaba se presentan allí unos legionarios para conducir al tribunal al venerable Obispo.

Todos están tristes. Solo Potin siente una satisfaccion particular. Aquel cuerpo cascado por la vejez, aquellos miembros extenuados por el peso de la ancianidad, parecen rejuvenecerse; aquel rostro en quien se veian las huellas de largos sufrimientos y continuas enfermedades brilla con el resplandor de sus dias mejores. La idea de que va á sufrir por Jesús le transfigura; la alegría de su espíritu se revela en su cuerpo.

En medio de hombres de armas y seguido de representantes de la magistratura sale del calabozo.

Potin era el blanco de las iras populares en su carácter de jefe de la iglesia de Lyon. Al aparecer en público, la plebe anda en pos de él llenándole de insultos.

Mejor que conducido, Potin es arrastrado ante el presidente, pero sin perder su serenidad, su calma natural por un solo instante.

Parece que aquel rostro venerando, aquellas canas han de imponer al pretor, el cual pregunta á Potin quien es el Dios de los cristianos.

Potin con dignidad responde :

—Á nuestro Dios tú mismo puedes conocerle, si te haces digno de él.

La contestacion era muy inesperada, era muy sábia para que no desconcertase al legado, quien no acierta á contener sus arranques de ira, impropios de su posicion.

El legado no quiere proseguir el interrogatorio, y al ser Potin conducido otra vez á su encierro, sin respeto á su debilidad ni á sus canas, unos la emprenden contra él á puñadas, otros le acometen á empellones, y los que están á alguna distancia le arrojan piedras y cuanto les viene á mano.

«Se hubieran hecho un delito, dice la carta, de guardar con él alguna moderacion; y llegan á figurarse que aquella cólera tan opuesta á la razon y á los sentimientos de la naturaleza es un mérito para con sus dioses.»

Á duras penas el Obispo puede llegar hasta la cárcel, donde exhala el postrer suspiro dos dias despues.

XLI.

Mártires y apóstatas en la cárcel.

Confundidos en un mismo calabozo hay presos que ofrecen un completo contraste. Unos están apesadumbrados, tristes, la melancolía mas profunda se revela en sus apagados ojos. Su mirar vago é inquieto, su cabeza caída, la dejadez misma de sus vestidos revela la situacion de su alma. Los otros, al contrario, en medio de los sufrimientos y privaciones se presentan alegres, expansivos. Estos son los que se han manifestado fieles á su creencia; aquellos los apóstatas que renegaron de su Dios en medio del tormento.

Se les coloca en una misma cárcel, pues la magistratura les trata como reos de unos mismos delitos. Es verdad que han pronunciado falsas delaciones contra los creyentes; pero

esto no les justifica; muy al contrario, en contra de ellos está la confesion de complicidad de los delitos de que acusaban á los que habian sido sus hermanos en la fe.

«Inútilmente alegaron en su favor su abjuracion, expresa la carta; esto no sirvió sino para cubrirles de infamia; porque los que perseveraban en la generosa fe del Cristianismo, no fueron tratados sino como cristianos; mientras que aquellos cobardes desertores fueron tratados como homicidas, como facinerosos y sujetos á un gran rigor. Los unos con la satisfaccion de haber confesado á JESUCRISTO, con el amor tierno hácia el Señor que sentian cobrar mayor intensidad en sus pechos con la esperanza de la eterna recompensa, encontraban ligero el peso de las cadenas, y experimentaban cierto placer en medio de sus trabajos, mientras que los otros sentian desgarrada su conciencia inquieta y criminal, por medio del aguijon del remordimiento. En aquellos resaltaba una alegría mezclada de dulce gravedad, una majestad que brillaba mas con las formas agradables y atractivas. Ostentaban sus cadenas con el orgullo con que una esposa ostenta sus brazaletes y las franjas de oro que bordan sus vestidos; despedian en rededor suyo un olor celestial, pero tan agradable, tan dulce, que podia creerse si exhalaban de sus sagrados cuerpos los perfumes mas exquisitos del Oriente.»

Al presentarse en público los apóstatas veíase en ellos el símbolo de la cobardía, de suerte que eran los paganos los que les denostaban de una manera atroz. Era un espectáculo que inspiraba horror y compasion á la vez.

Semejante cuadro no podia menos que ser de buen efecto para los creyentes. Hasta entonces la apostasia les inspiraba hondo disgusto; desde aquella hora les inspiró hasta terror: hubo mas vergüenza de la apostasia, mayor entusiasmo para el martirio.

Hubo momentos en que aquel calabozo parecia convertirse en la sala de un concilio, y aquellos hombres cargados de cadenas, con los piés en el cepo, resolvian las cuestiones con una elevacion de criterio católico, con una sabiduría extraordinaria, cual si se hallasen sentados en los sillones de majestuosa asamblea.

Entre los presos hallábase un montanista, Alcibiades. A los sufrimientos de su posicion añadia mayores privaciones; su cuerpo acababa de aniquilarse en medio de ayunos rigurosísimos. Sus austeridades llegaban hasta á cautivar á aquellos que, creyéndose en vísperas de una muerte segura, hubieran deseado amontonar para el cielo el mayor número de méritos posibles. Pero Atalo, otro de los heróicos confesores, obedeciendo á una inspiracion superior resolvió el asunto. Alcibiades, en su carácter de discípulo de Taciano, consideraba la carne y el vino como cosas impuras; en la cárcel misma no aceptaba otra cosa que pan y agua. Atalo probó que la doctrina de Taciano era contraria á las enseñanzas de la Iglesia, y Alcibiades abjuró su error.

Desde la cárcel tienen conocimiento de los progresos que hace la secta montanista. Con el lenguaje de fieles, con la sumision de súbditos, escriben al jefe de la cristiandad, al papa san Eleuterio, llamándole la atencion sobre la propaganda del montanismo, y pidiéndole que haga oír su autorizada voz, pues él con su prudencia, con su moderacion, con la ciencia de la fe, es el destinado á mantener la paz en la Iglesia.

Tenian á los apóstatas delante de ellos, y no obstante no salió de la boca de los santos confesores ni una palabra agresiva.

Aquellos católicos son discípulos del Hombre-Dios que vino á sintetizar la nueva moral con esta fórmula tan sublime: ¡Amaos los unos á los otros!

Allí no hay diferencia de clases, ni de jerarquías sociales; el rico no se cree de superior condicion al pobre, el señor estrecha afectuosamente la mano del esclavo, y todos oran ante un mismo Dios, todos se confunden en una comun plegaria, todos se disponen á subir al cielo por igual senda, que es la del martirio.

En sus conversaciones «no acusaban á nadie, creian que su deber, en cuanto fuese posible, no era atar sino desatar, rogaban por los apóstatas, por los verdugos, y despues de haber sido conducidos y vueltos á conducir á la tortura, cuando el cuerpo estaba cicatrizado por el hierro

HISTORIA DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

LA REVOLUCION FRANCESA

EL REMORDIMIENTO

LA GUERRA DE LA COCHINA

LA REVOLUCION FRANCESA

LA GUERRA DE LA COCHINA

LA REVOLUCION FRANCESA

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la M... miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.